

SEPTIEMBRE 2014

HOMILÍAS

FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA

Guadalupe, 8 de septiembre

Queridos hermanos:

En esta celebración culminan los días dedicados a las fiestas mayores de Santa María de Guadalupe, Patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad. En celebraciones de mañana y tarde, durante el Novenario se ha ido desgranando por obispos y presbíteros un tema sencillo pero sublime: “María, Madre de Dios, madre de la familia”. Tal vez porque esta familia que somos la Iglesia no quiere Jesús que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. Al Señor no le agrada que falte a su Iglesia el icono femenino. Ella, que lo engendró con tanta fe, también acompaña “al resto de sus hijos, a los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (Ap 12, 17).

Después, pues, de saludos a todos en mi nombre y en el mis hermanos obispos, la comunidad franciscana, las Damas y Caballeros de Guadalupe y esta parroquia de La Puebla, os invito, a acudir a la escuela de María. Es ésta una escuela especial; la Virgen tiene una forma muy bonita de enseñar. Como los Apóstoles con María “subieron a la estancia superior” y allí “perseveraban en la oración con un mismo espíritu” (Hch 1, 12.14), así también hoy nos hemos reunido aquí en Guadalupe, que es para nosotros la “estancia superior”, donde María, la Madre del Señor, está en medio de nosotros enseñándonos. Necesitamos aprender cómo abrir nuestro corazón a la fuerza del Espíritu Santo para llevar a cabo lo que nos pide el Papa Francisco: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro, personal con Jesucristo... No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque nadie queda excluido de la alegría que ha traído el Señor” (EG, 3). Se trata, pues, de “la alegría del Evangelio, que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

Pero en la escuela de María, hemos de aprender más: “la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad... Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a otros. Eso en definitiva es la misión” (Documento de Aparecida, 36, junio 2007)”. Nuestro mundo tiene miedo de dar, de darse, no hacemos más que defendernos para que no nos quiten nuestras cosas, nuestra calidad de vida, nuestro confort, nuestro ocio y lo nuestro. Y, ¿cuál es el resultado? Más pobreza, menos niños, menos trabajo, más desconfianza, más particularismos, más olvido de los pobres y de continentes dejados a su suerte.

En la escuela de María podemos aprender la alegría del Evangelio, que es una salida de sí mismo a los demás, anunciando a Jesucristo, que es para todos. Sí, la alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no se puede excluir a nadie, sobre todo a los más pobres. Es la Iglesia “en salida”, que dice el Papa Francisco; es una Iglesia con las puertas abiertas para llegar a las periferias humanas, que no es correr sin rumbo y sin sentido; es detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar.

Necesitamos, pues, un momento de silencio y recogimiento para entrar en la escuela de María, para que Ella nos enseñe cómo vivir la fe, cómo crecer en ella, cómo permanecer en contacto con el misterio de Dios en los acontecimientos ordinarios, diarios, de nuestra vida, que nos permiten acercarnos a los demás, a sus problemas e indignancia, de modo que nos interesen cuantos están a nuestro lado. María sostuvo la fe de los Doce en los inicios de la Iglesia. Como Madre de esta familia sostiene hoy mi fe y la vuestra. No lo dudéis.

La fe es un contacto con el misterio de Dios, porque creer quiere decir abandonarse en la verdad misma de la Palabra de Dios vivo. La fe es un don, recibido en el Bautismo, que hace posible nuestro encuentro con Dios y posibilita igualmente encontrarnos con los demás. Algo sumamente importante para nuestro mundo, que justamente cree que no lo necesita. ¿Qué hacer sin Dios? Recordarán los obispos de la Provincia Eclesiástica de Mérida-Badajoz, que con los de la Provincia Eclesiástica de Toledo y el Arzobispo Castrense, gozamos de casi dos horas de diálogo con el Papa Francisco a comienzos de marzo de este año, que al preguntarle por los problemas más grandes de nuestro mundo, él afirmó rotundamente: uno de ellos es la guerra.

Guerras locales, pero terribles y que manifiestan la falta de respeto a la dignidad humana, que no duda en derribar aviones de pasajeros; matar niños, mujeres y ancianos en Irak porque no son de los suyos; que descuida las enfermedades como el ébola o la malaria; que aprisiona niños o

vela por la sola seguridad nacional o sencillamente vende armas o niega oportunidades de desarrollo humano sostenible. Dios no quiere eso. La fe en Dios ocupa un lugar no sólo en los estados de ánimo y en las experiencias religiosas que se pretende queden sólo en la intimidad personal; no: la fe ocupa un lugar ante todo en el pensamiento y en la acción, en el trabajo diario, en la lucha contra sí mismos, contra el egoísmo personal, en la vida comunitaria y en el apostolado, puesto que hace nuestra vida esté impregnada de la fuerza de Dios mismo.

Os exhorto, hermanos, a pedirle a Dios por intercesión de Santa María de Guadalupe esa actitud interior y el abandono confiado de aquella joven que hace dos mil años pronunció el “sí” al Padre, que la escogía para ser Madre de Jesucristo, Hijo de Dios. Dios la escogió porque era dócil y obediente a su voluntad. Como ella, la joven María, cada uno de nosotros digamos a Dios: “Heme aquí, hágase en mí según tu palabra”.

Nada es imposible para quien se fia de Dios y se entrega a Él. Mirad a la joven María. Sin Dios, ¡cuántos fracasos en el amor contemplamos en nuestro entorno! ¡Cuántas parejas inclinan la cabeza, uniéndose y se separan! ¡Cuántas familias se desintegran! ¡Cuántos muchachos han visto la separación y el divorcio de sus padres! Dios busca, hermanos, corazones jóvenes, jóvenes con corazones grandes, capaces de hacerle espacio a Él en su vida para ser protagonistas de la nueva alianza.

Pero no todos aquí somos jóvenes. ¿Qué hacer con nosotros? Es verdad, no todos somos jóvenes en la Iglesia, pero ¿qué hace a las personas realmente “jóvenes” en sentido evangélico? Ahí tenéis al Papa Francisco ¿No es joven? El encuentro con Cristo, que puede tener lugar en este santuario de la Virgen, nos enseña a ser jóvenes. ¿Por qué voy a tener complejo ante un chico o chica de 17 o 18 años, si ellos no van a la fuente de la juventud que es el amor del Señor? Nada de complejos. ¿Qué hizo en María posible lo aparentemente imposible? Os lo indico: “porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”. Dios es el único que siempre es mayor, más grande y actúa en mí, si le dejo, pero actúa.

“María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en las historias, en la vida cotidiana de cada día y de todo. Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y es también Nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás “sin demora” (Lc 1, 39)... Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblo, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo” (EG 288).

En este Día de Extremadura, os saludo a quienes sois nuestras autoridades de esta hermosa Región, tanto autonómicas, provinciales y locales. Pido para ustedes espíritu de servicio y audacia para afrontar los problemas. También la intercesión poderosa de las Villuercas. Madre del Evangelio viviente, Santa María de Guadalupe, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén.

HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO EN LA INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO 2014-2015

Instituto Teológico san Idefonso e Instituto Superior de Ciencias Religiosas Santa María de Toledo

Un saludo cordial para todos.

La inauguración del curso en los Institutos San Idefonso y Santa María se inicia con esta celebración de la santa Misa, pues queremos ante nuestro Dios Trino y Uno orar, para que la fuerza y la inspiración del Espíritu Santo no nos falte; es más, nos es imprescindible. La palabra de Dios muestra claramente que el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad; es el mismo que nos dio el agua viva, al creer en Jesucristo, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Es la gracia de la justificación la que nos permite amar a Dios y al prójimo, signo de la vida nueva del Evangelio; nos permite igualmente ser alcanzados por la Verdad y vivir esta Verdad, que es Jesucristo, quien afirma también de sí mismo que es el Camino y la Vida.

¿Puede el concepto de verdad aplicarse con sentido a la religión? ¿Tiene capacidad el ser humano para conocer la verdad acerca de Dios y de las cosas divinas, que es el objetivo y contenido de los estudios que en nuestros Institutos se imparten? Nosotros así lo creemos, pero la crisis profunda en Europa radica, entre otras cosas, en que no se acepta la pretensión de la Iglesia de estar en la verdad y predicarla. Es cierto que ese estar en la verdad significa que la Verdad nos sostiene, que no es nuestra. Pero conocemos también que el cristianismo no se encuentra, para el pensamiento actual en una posición más favorable que las demás religiones, ya

que, en opinión de ese pensamiento dominante hoy, se obstinan todas en la pretensión de poseer la verdad; verdad que, curiosamente, sí pretende tenerla la ciencia moderna para esa cultura dominante. A lo más que algunos están dispuestos a aceptar es que los contenidos cristianos son un valor simbólico, pero sin concederles el valor de una verdad superior a la que dicen tener otras experiencias religiosas.

La situación espiritual de los hombres y mujeres en nuestra sociedad puede describirse así: un intento titánico para apoderarse del mundo, esto es, sacar de nuestra vida y para esta vida todo lo que sea posible, y un abandono, aparentemente indiferente, de la verdad acerca de Dios y acerca de lo esencial de nuestro mismo ser. ¿Cómo hacer, pues, en concreto la pregunta acerca de la verdad del cristianismo, aunque a algunos ésta les parezca estar sin respuesta? La Iglesia tiene XX siglos y desde los inicios se hizo esta pregunta y respondió no sólo desde la razón, sino con su vida. Como ejemplo tenemos la confrontación de san Agustín con la filosofía de la religión del mundo antiguo greco-romano. y es curioso: la teología cristiana en opinión del obispo de Hipona sería una teología "naturalis", no una teología mística o civil, que es como dividía la teología, por ejemplo, el filósofo romano Marco Terencio Varrón (116-127 a.c.).

La "teología física" está en el ámbito de la ilustración filosófica; así la vieron los primerísimos teólogos del cristianismo, los apologetas, siguiendo por lo demás a san Pablo (cfr. Rom 1). El cristianismo tiene sus precursores y su preparación interna en la ilustración filosófica, no en las religiones de su entorno; en una relación con aquello que el análisis de la realidad es capaz de percibir acerca de lo divino, que no está en contradicción con lo revelado por Dios. La creación es también revelación de Dios. San Pablo en el Areópago se presenta con la pretensión de ser la "religio vera". Lo cual quiere decir: la fe cristiana no se basa ni en la poesía ni en la política, esas dos grandes fuentes de la religión antigua, sino en el conocimiento. Adora a aquel Ser que constituye el fundamento de todo cuanto existe, al "Dios real"; por eso se considera a sí misma como universal y como destinada para todos los pueblos, no como una religión que desplaza a otras. Un filósofo como san Justino afirma que, tras su conversión al cristianismo, no abandona la filosofía, pues reconoce en él a la "vera philosophia".

Evidentemente, la fe cristiana aportó correcciones drásticas a la concepción filosófica de Dios. El Dios en el que creen los cristianos y a quien adoran es "Dios por naturaleza", pero "no todo lo que es naturaleza es Dios", dice san Agustín (*De civitate Dei* 1, 8, 176, 6). Tan sólo se adora al Dios real, a quien nosotros también llegamos a conocer en la naturaleza. Pero Dios es más que naturaleza. Dios es anterior que la naturaleza, y ésta es criatura suya. Es un Dios que entró -decimos- en la historia, que fue al encuentro del hombre y, precisamente por eso, el hombre puede ir al encuentro de Dios. El hombre puede unirse a Dios, porque Dios se unió al hombre. Las dos facetas de la religión antigua, que siempre estaban desligadas (la naturaleza dominante externamente y la necesidad de la salvación del hombre que sufría y luchaba) se unieron ahora entre sí. En el cristianismo, pues, los dos principios -la vinculación con la metafísica y la vinculación con la historia- se condicionan mutuamente y forman un todo.

Llegados a este punto, os digo, hermanos, que mi intención no es desarrollar una ponencia en un acto académico, pues aunque siento que es muy importante lo que hemos dicho, es evidente que si la fe cristiana la abrazó tanta gente en los primeros siglos, existe para este hecho otra explicación: la seriedad moral del cristianismo, algo que ya subrayó san Pablo. Es cierto que esa seriedad moral el Apóstol la relaciona con la racionalidad de la fe externa, pero lo importante es que las exigencias del único Dios a la vida del hombre coinciden con lo que está escrito en el corazón de cada hombre. Es decir, el cristianismo convenció por la vinculación de la fe con la razón y por la orientación de la acción moral de los hombres hacia la *caritas*, hacia la solicitud amorosa, caritativa por los que sufren, por los pobres y los débiles, superando todas las fronteras de las clases sociales. Esa es la "religio vera", y tiene que ver con "todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable (Flp 4, 8).

Entonces me pregunto: en unos Institutos como los nuestros, ¿basta con enseñar racionalmente la verdad teológica? ¿Los profesores y los alumnos -tantos los vocacionados al sacerdocio como los consagrados y fieles laicos- no han de reunir en ellos el amor a conocer la verdad con una vida virtuosa, basada sobre todo en las virtudes teologales? ¿Basta aprobar unas asignaturas para ser buenos discípulos de Cristo? La respuesta es clara: la primacía ha de ser de la caridad, del amor responsable de la fe y la esperanza, de un tenor de vida admirable, como indicaba la carta a Diogneto. Ello es justo y necesario, para una armonía en la fe y una comunión que debemos siempre acrecentar, de modo que sea la salsa de la vida. La fe razonable se une a la conducta moralmente seria de los hijos de la Iglesia.

De lo contrario, nuestra evangelización, nuestros planes pastorales, nuestra seriedad académica, siempre necesaria, no serán eficaces y la Iglesia languidecerá. Al inicio del curso académico, pido al Espíritu Santo que cuanto hoy emprendemos lleve esta buena dirección, con

esfuerzo, con estudio serio, pero también con oración, con comunión recíproca, con sentir que siempre es bueno actuar con verdad en la caridad.

Tengamos cuidado, queridos alumnos, formadores, profesores; tengamos cuidado: "Dentro del Pueblo de Dios, y en las distintas comunidades, ¡ cuántas guerras! ... ¡ cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio ... Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial. .. A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirles especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: *En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros (Jn 13,15)*" (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 98.99).

Santa María, la Madre, auxilio de todos los cristianos, nos acompañe como Madre de la Iglesia en el curso que inauguramos. Que así sea.